TANDA DE ESTROFAS *

POR

ENRIQUE AZCOAGA

1

RESUMEN

Siempre que me preguntan por mi oficio
por mi hondo menester, por lo que hago,
respondo al compromiso simplemente:
«Ser con mi voz, testigo del milagro.»

Aquellos para quienes la palabra
—norma, luz, ley— supone irse acercando,
comprenden al que marcha, asombro arriba,
como a un trabajador encaminado.

Los otros, los perdidos, los que ignoran
en qué consiste el hombre, ríen cuando
lo encuentran en su puesto, hecho pregunta,
y sigue eternamente preguntando.

Unos discuten siempre que a la aurora
camina el corazón encaminado;
otros, no entienden nunca por qué el hombre
sólo se cumple yendo paso a paso.

En tanto aquéllos y éstos, unos, otros,
se olvidan por desgracia de que el canto
hace que el ser se anime a la aventura
inacabable y viva de ser algo,

yo no soy más, repito, que el vocero
perenne de mi acento descarriado;
quien trata de encontrarle por la vida
un camarada o un destinatario.

* De los libros inéditos *Del otro lado* y *Poemas solidarios.*

Yo, el que con mis palabras andariegas,
pretendo hacer un himno por que avanzo;
porque a pesar de todo siento inex-
plicablemente lejos lo que amo.
¿De qué me ocupo siempre...?

De la vida.
¿Por qué cuanto más muerto, más despacio...?
Porque sólo quien marcha, quien no encuentra
sino lejos a Dios, puede afirmarlo.

La poesía y Dios saben a nunca,
y no me canso nunca de buscarlos.
Dios en el corazón, tan a lo lejos,
del verso peregrino se hace hermano.

Cuando escribo un poema, cuando advierto
que todo sabe a gloria por lograrlo,
aquéllos y éstos, unos y otros, todos
quisiera en mi camino hacia lo alto.

No porque me suponga un elegido;
sino porque me siento solidario
del hombre, de su llanto, del destierro
sin luz en que gemimos condenados.

Y aunque no me pregunten por mi oficio,
ni por mi menester y lo que hago,
diría simplemente: «Sólo importa
sentirse noblemente encaminado...»

Inmensamente lejos del que vive,
sin Dios, sin poesía, sin milagro...
Y cerca en el camino de quien sabe
sumarse a quien los busca sin cansancio.

2

MI DIOS

Mi Dios no es nada oscuro;
sabe a vida y a flor;
a principio manante,
a decoro y jazmín;

confía a lo rendido,
ennoblece el dolor;
despierta en la ruina
un noble frenesí.

Mi Dios, como un camino,
acoge a quien lo va
haciendo con el pecho,
con un sano gemir;

a quien penando vive
y a fuerza de penar
deriva paso a paso
sentido del sentir.

Me canta sin pedirme
la savia del afán;
me premia sin contarle,
cuando del no hago sí.

Mi Dios no es tan difícil:
sabe a aliento y canción;
a luz feraz cuando hago
de tripas corazón.

3

MAYORIA INALCANZADA

Creo en la luz del hombre, no en la oscura
soberbia, en su ruin copla frustrada.
Creo en su mayoría inalcanzada
y aunque parezca extraño en su estatura.

Me siento solidario de la pura
mañana que anticipa su jornada.
Nunca, por hombre en ciernes, camarada
de lo que esteriliza su aventura.

Hombre se llama el sueño preferido
de este mortal con fe, dispuesto al vuelo,
a aventurarse siempre, a demostrarlo.

Jamás ese proyecto concluido
antes de tiempo y lejos del anhelo,
que dícese hombre a veces sin pensarlo.

4

DIA NORMAL

Es inútil... ¡Un día más...!
¿Soy más viejo...? Un día menos.
Una jornada perdida
para la vida, muriendo.

La mañana con su luz
camina hacia Dios...
(Siniestro
me pareció ver llegar
la noche sin haber hecho,

todo lo que he conseguido
sin saber cómo, viviendo,
y sin hacer por vivir
más de lo que suele un muerto.)

¿No hace nada quien se muere
por vivir solo, no haciendo...?
¿No hace nada quien no hace
más que morirse sin miedo?

El caso es que en este día
primerizo, día de enero,
gocé la edad como un don,
como una dicha de tiempo.

En verdad que no hice nada
salvo pensar en silencio:
«¡qué joven se siente quien
se madura desviviendo!».

¡Qué vivo me siento al fin,
no haciendo nada, no haciendo
nada que no sea sentirme
seguro de mi desvelo!

¿Qué he matado con mi vida...?
Un peso más que soberbio.
¿Qué cicatrizó la muerte...?
Cierto temor a ser viejo...

El caso es que un día normal,
un día de más o menos
la vida me resultó
más nueva. Y el ir haciendo

con los sueños, con las alas,
fértil el remordimiento,
vieja forma de evitar
la angustia del desconsuelo.

Después de todo... ¡Un día más!...
¿Soy más viejo...? Un día menos.
Unas jornadas me salvo
y otras salvo lo que puedo.

5

PUNTO MUERTO

La edad, o mi memoria —luto vivo—,
pesa en el pecho y cansa cuando quiero
decir como si nunca hubiera hablado
aquello que es la cima de mi acento.

Callado alguna tarde, cuando todo
muere como la luz, como lo fresco,
trato de desmentirme, de ignorarme,
volviendo a ser aquello que prefiero.

Difícil es brotar cuando se tiene
tanta fatiga a cuestas, tanto duelo:
difícil continuar hasta la aurora:
negarse y renacer siendo pequeño.

(El hombre, por más vueltas, sabe a nada
cuando su voz sopesa en el recuento;

a veces considera convertido
hasta el latir más vivo en pulso viejo.)

Es tal mi sinsabor, tal la agonía,
que pienso despojarme de lo hecho;
negar lo que sostiene vida y hombre;
dar por mal empleado lo que aún quiero.

Se dice fácilmente: «¡atrás!, soy otro».
«¡Quiero ser el que soy; no lo que heredo...!»
Me digo ante el ayer: «¡Cuánta vileza!...»
(Ser algo menos vil es lo que puedo.)

Puedo también borrarme, maldecirme,
dar por mal empleado mi desvelo...
Pero la muerte acecha a quien se atreve
a renegar, siquiera en pensamiento.

Tengo derecho a mí, a lo que me niega.
Soy lo que fui por suerte o por derecho.
«¡Atrévete a empezar, comienza, nace...!»
«¡Nace como un después joven, quimérico!»

Sólo acredita al hombre mientras vive
lo que desmiente al hombre, a su recuerdo.
Pienso que acento y voz en vuelo importan
cuando el cantar comienza en mí lo eterno.

6

INICIO

¿Cuándo empezó mi infancia a ser infancia...?
¿Cómo creció mi asombro por la vida...?
¿Qué abril rompí a cantar...? ¿En qué medida
logró entrever la gloria mi ignorancia...?

¿Cómo nací a lo eterno...? ¿Qué abundancia
buscó mi corazón...? ¿Qué presentida
verdad, que aun hoy mi voz comprometida
no acepta otro esplendor que su fragancia...?

¿Cuál fue el principio eterno que hizo sano
mi afán de sed perpetuo...? ¿Cuál el ave
primera de mi ser, rico en baladas...?

¿Por qué parto de inicio tan temprano
para templarme en vuelo hacia mi clave...?
¿Por qué aún saben a infancia mis jornadas...?

7

SOSPECHA

Siento perfectamente que declino.
Veo lo que viví con luz de muerte.
¿Será posible —Dios, mi Dios— que acierte
a dar lo que no dí y aún adivino...?

Presumo de haber hecho mi camino.
De haberme muerto tanto y de tal suerte,
que viéndome posible más que fuerte,
soy muerto que aún decide su destino.

Viviendo hacia el futuro lo hice sueño.
Y así, por un futuro limitado,
canto mientras concluyo con más vida.

Cuando ir hacia adelante es ir al seno
profundo de la muerte, malogrado
resulta quien se torna despedida.

8

EL RUMOR

Rumor, cimiento del mundo,
savia feraz de la nada;
principio remoto, fresco;
tradición anticipada.

Rumor del aire, del fuego,
de la tierra, de las aguas;
rumor de la vida nueva,
de la muerte y las palabras...

Rumor sin trampa, creado
para bien de la inlograda
manera de ser más tierna;
raíz eterna del alma.

Rumor de lo no sabido;
rumor que anuncia la gracia;
rumor de arranques posibles;
rumor o salve estimada.

Rumor que rumor parece
y no es sino susurrada
promesa de otros rumores
con sabor a fue y mañana.

Rumor del silencio limpio;
canto perdido en su alba;
voluntad pura de nobles
encarnaciones tempranas.

Rumor del milagro virgen
anterior a cualquier rama;
gemido inicial de todo;
después de plumas cansadas.

La vida del hombre, el árbol,
lo elemental, la iniciada
verdad sencilla, lo neutro,
la materia por ti cantan.

Y el gran rumor, Dios, tejiendo
con los rumores su vasta
promesa, cual un rumor
dándole aliento a las alas.

9

MOZART

A Luis Cernuda, en el recuerdo.

Verdadero en tu gracia y tan expreso,
tan venial y justo, tan galano,
yo no sé si te admiro por humano,
por lúcido, por tierno o por ileso.

Sé que cuando te escucho, se hace beso
lo que hay en mí de ocaso y más lozano,
más volador, más hondo y más temprano,
el luto que me añeja con su peso.

Te llamo levedad... y no te nombro.
Te siento como luz y entonces digo:
ala que a la ventura no mancilla.

Déjame que te escuche con asombro
naciente, consternado y sea tu amigo,
urdimbre de arpa, flauta y maravilla.

10

A UNA PIEDRA PRECIOSA

Recuerdas vivamente a una quimera.
Luces en tu hermosura como eres...
¡Roca hecha lucidez y amaneceres...!
¡Principio de frescura: primavera...!

Lo eterno se sospecha en tu manera.
Nunca se supo bien lo que prefieres.
¡Poder despreciativo de poderes!
¡Grumo de eternidad que eterno fuera!

Yo no te considero lujo altivo,
sino canción henchida de ventura
capaz de su esplendor en lo olvidado.

Como el deseo perpetuo de lo vivo.
Como quien sueña ajeno a la amargura.
Como un sencillo afán incalculado.

11

MADUREZ

¡Llegó la madurez...!
¡No lo desnudo,
lo pleno, lo cumplido, lo logrado!
Sino este verse en fin del otro lado
y sin finalizar: posible y crudo.

Tan vivo como muerto, casi mudo
como cuando inicié mi inacabado
cantar de duelo y luz...
¡Llegó lo ansiado!
Y sólo soy un hombre que ando y dudo.

Un hombre, una canción, un calmo empeño
capaz de continuar pese a saberse
umbría de un destino apenas hecho...

Limpio, correcto, auténtico y pequeño
cual marzo suficiente que a perderse
naciera condenado por su sueño.

12

SIN EMBARGO

Este saber a muerte encadenada
llena mi vida de alas, de futuro.
Estoy más muerto... Hacerme aún es más duro.
Todo me alienta y todo me anonada.

No vale lo que fui; ser no es lograda
verdad; importa hacerse: ese maduro
combate con la muerte en que perduro
por hombre, por mortal, por casi nada.

Llega un momento, Dios, que nos condenas
a ser nuestro final y nuestra gloria
cercanos, confundidos; que la vida,

o logra rescatarse por las buenas
de todo lo que es muerte, o su victoria
te niega derramándose y vencida.

13

AUN PUEDE SER

A pesar de la muerte y que la vida
me sabe a muerte próxima y probable,
sólo cuando renazco a la espectable
mañana candeal e inmerecida,

pienso que aún puede ser otra mi vida,
que todo mi pasado es superable;
y que si mañanea, despreciable
cosa es quien vuelve a ser noche sabida.

Habrá quien no lo crea; yo aún confío
llegada la mañana que no hay muerte,
que puedo continuar y desdecirme...

Ya que cada mañana siento mío
el mundo renacido, de tal suerte,
que olvido la costumbre de morirme...

14

CINCUENTA

Todo el pasado en lluvia me parece
como una deuda inmensa con el sueño;
más que fracaso vivo, un grave empeño
sombreante que a la muerte empequeñece.

A los cincuenta años no merece
el hombre otro pesar que ser el dueño
de su dolor, de su alma, de un pequeño
caudal con que se afirma y entristece.

Cumpleañear no es nunca estar cumplido.
Edad es lo que tengo que me alienta
a hacerme menos muerto, más simiente.

A no morir tranquilo y convencido
de que por tal edad la muerte intenta
hacer de mí lo que hizo hasta el presente.

15

CON CALMA

Si amo el invierno, amor, es porque quiero
llegar tarde a la muerte; ir más despacio;
dar tiempo al tiempo herido que desgracio;
sentir que no estoy muerto cuando muero.

Brindarle mi fervor; honrar su fuero
caído y sin vencer como el topacio;
cegando —largos días— ese espacio
que abisma como un sórdido agujero.

Si amo el invierno, amor, es porque entiendo
que amándolo valoro mis caudales;
que creo con más fe en lo positivo;

que todo aún es posible; y que teniendo
muy próximo al agobio de las reales
propuestas de la muerte canto y vivo.

ENRIQUE AZCOAGA
Conde Peñalver, 62, 7.º izqd.
MADRID - 6